

hubiese sido tal como es ahora ó acaso peor todavía? La idea de que no debería ser así resultaría, pues, tan insensata é imposible como pensar que el agua no sigue el desnivel del terreno, ó que los tres ángulos de un triángulo no equivalen á dos rectos.

Por consiguiente, el solo hecho de que todos los pueblos y todos los tiempos están unánimes en plantear la cuestión del origen del mal, prueba suficientemente que creen todos que hubo un tiempo en que el mal no existía, y que en resumen no debería existir.

**6. Recuerdos del pecado original en las leyendas antiguas.**—¿Cómo se esparció esta creencia por la tierra? Los pueblos son incapaces de responder á esta pregunta. Se conserva fácilmente el recuerdo de hechos consoladores y edificantes, pero el recuerdo de que nos avergonzamos y de que desearíamos deshacernos se borra pronto; sin embargo, los hombres no han olvidado completamente la respuesta á esa pregunta. Como dice Platón, han conservado cuando menos el recuerdo de que hubo un tiempo en que los hombres vivían perfectos, en que para ellos no existía la enfermedad y la muerte, un tiempo en que la tierra producía espontáneamente frutos, en que los animales vivían en paz con los hombres, un tiempo en que Dios mismo guardaba á los hombres como pastor; <sup>(1)</sup> pero desgraciadamente, dice Píndaro: «el hombre no pudo soportar tanta felicidad; su orgullo le valió un castigo terrible». <sup>(2)</sup>

Está bastante bien averiguado que los indios consideran á Yama como el primer hombre; <sup>(3)</sup> según el Rigveda Yami, su hermana trató de seducirle; rechazó al principio la tentación, después acabó por sucumbir en cierto modo, pues el poeta pide ser librado de la cadena que Yama lleva en los pies <sup>(4)</sup> y preservado de seguir sus huellas; <sup>(5)</sup> por

(1) Platón, *Politicus*, 15, p. 271 y sig.

(2) Píndaro, *Olymp.*, 1, 55 y sig.

(3) Spiegel, *Eran. Alterthumskunde*, I, 439. Lassen, *Ind. Alterthumskunde*, (2) I, 622 y sig. Muir, *Original Sanscrit texts*, V, 284 y sig., 300, n. 451.

(4) *Rigveda*, 10, 97, 16 (Ludwig, 1026).

(5) *Ibid.*, 1, 38, 5 (Ludwig, 674).

consiguiente, está, ó bien sujeto á una cadena por el primer hombre, ó por lo menos atado á la que retiene cautivo á Yama. Este debió caer en esos lazos por la acción de una potencia extra terrestre, pues se dice expresamente <sup>(1)</sup> que el pecado de Yama fué causado por los dioses. <sup>(2)</sup> No discutiremos si es un recuerdo de la tentación primitiva; puede también tener el mismo sentido que la envidia de los dioses entre los griegos.

Aun damos menos importancia al error budista de la Kleça, el primer pecado, porque tiene significación muy diferente de la enseñanza cristiana del pecado hereditario.

Lo que Yama es para los indios, lo es Yima, Yem para los persas. Hemos hablado ya de su caída; en vez de ser maestro de la ley divina, misión á que Ahura-Mazda le había destinado, prefirió ser dueño de la tierra y buscar su poder en las cosas terrestres. <sup>(3)</sup> Su deber era la obediencia, su caída fué producida por el orgullo, su castigo fué la muerte. No puede desconocerse la mucha semejanza entre este relato y el de la Biblia; <sup>(4)</sup> pero por fácil que sea considerarle como una parte de la tradición religiosa de los iranos comunicada por los semitas, y, de consiguiente, extranjera, todo hace creer que es demasiado antiguo para que se le pueda dar tal origen. <sup>(5)</sup> Además, no debe olvidarse que existen diferencias considerables entre esos relatos; <sup>(6)</sup> como los de Caldea respecto del diluvio, nos muestran que los pueblos, aún considerando justa la suposición de que fuese tomada de los judíos, no estaban dispuestos á sacrificar sus propias leyendas, sino que, á lo más, admitían de fuera lo que se adaptaba á sus tradiciones, y mezclaban lo que recibían con lo que les era propio.

(1) *Rigveda*, 10, 97, 16.

(2) Muir, *loc. cit.*, V, 288 y sig., 301. Fischer, *Heidenthum und Offenbarung*, 88-91.

(3) V. mas arriba, II, 6.

(4) Windischmann, *Zoroastrische Studien*, 212-231.

(5) Spiegel, *Eran. Alterthumskunde*, I, 530.

(6) Windischmann, *loc. cit.*, 212. Cf. 31.

Los recuerdos asirio-babilónicos concernientes al pecado original, <sup>(1)</sup> y no es posible otra interpretación en el estado actual de las investigaciones, parecen tan vagos á primera vista, que no se puede formar acerca de ellos juicio seguro.

Hablaremos también muy poco de los relatos mejicanos. Allí, la madre del género humano Cihuakoatl, está representada en forma de una virgen con serpiente, hablando con ella, y se le atribuye haber introducido en el mundo el pecado. <sup>(2)</sup> Tiene sin duda gran parecido con la narración bíblica; pero como es posible que las influencias budistas de Asia y las cristianas de Europa hayan llevado en el curso de los tiempos algunas creencias religiosas á los aztecas, no daremos gran importancia á sus leyendas. Es muy útil, como ya hemos dicho, una crítica severa de semejantes comparaciones, pero advertiremos que cristianos tan prudentes como Prescott y Waitz han juzgado, mediante investigaciones exactas, que los recuerdos religiosos de los mejicanos eran su primitivo bien hereditario, aportado por ellos de su patria. <sup>(3)</sup>

Una cuestión difícil es saber si los griegos conocían un pecado original. Se ha invocado el relato de los Titanes; no queremos negar que ciertos recuerdos del pecado primitivo hayan podido contribuir á la formación de esta leyenda; sin embargo, tal como la conocemos, parece encerrar otro sentido. No es el primer pecado lo que nos recuerda, sino las tempestades religiosas ocurridas más tarde, y durante las cuales, á causa de las violentas pasiones desencadenadas, la fe, relativamente pura hasta entonces, declinó, llegando á ser un hecho consumado la introducción del politeísmo en su forma definitiva.

Mayores ecos de la enseñanza bíblica se encuentran en el mito de Prometeo; <sup>(4)</sup> decimos ecos intencionadamente,

(1) Fischer, *loc. cit.*, 213-215.

(2) Wuttke, *Geschichte des Heidenthums*, I, 262 y sig.

(3) Waitz, *Anthropologie der Naturvölker*, IV, 180 y sig.

(4) Lasaulx, *Studien*, 316-344. Stiefelwagen, *Theologie des Heidenthums*, 524 y sig.

pues aunque Rinck <sup>(1)</sup> encuentra en él claramente expresados los relatos bíblicos, no podemos aceptar su opinión. Los antiguos apologistas y los Padres lo comprenden ya de varias maneras; sin embargo, algunas de sus partes parecen indicar con bastante claridad que lo que constituye su fondo resulta de una perturbación en la creencia de la caída del primer hombre, y que sus exornaciones no son más que agregados hechos después. No se puede negar que el relato de los hechos de Prometeo y de Pandora responde, en sus partes esenciales, á los de Adán y Eva. <sup>(2)</sup> Es también evidente que Hesiodo atribuye á Pandora toda la miseria que reina ahora en la tierra, <sup>(3)</sup> lo mismo que acrimina á Prometeo por habernos hecho perder el estado de felicidad que gozaríamos. <sup>(4)</sup> El crimen de Prometeo consistió, dice Platón, en robar la sabiduría á los dioses, al mismo tiempo que el fuego, y darla á los hombres. <sup>(5)</sup> Plutarco quiere evidentemente decir lo mismo cuando explica el nombre de Prometeo como significando uso de la razón, <sup>(6)</sup> y Teofrasto cuando pretende que este criminal fué quien trajo la filosofía al hombre. <sup>(7)</sup> Sin violentar mucho este mito, se podría encontrar en él un ligero recuerdo del abuso que el hombre hizo de la luz divina inherente al árbol de la ciencia del bien y del mal. Como castigo se dice que Prometeo fué atado á una cruz sobre el monte Cáucaso; <sup>(8)</sup> le fué igualmente predicho que sus tormentos no tendrían fin hasta que otro dios no hubiese descendido á los infiernos, y no tomara á su cargo el satisfacer la pena que él había merecido. <sup>(9)</sup> Si á esta leyenda agregamos la de las cuatro edades del mundo y de la degeneración sucesiva de las cosas humanas, deberemos afirmar

(1) Rinck, *Religion der Hellenen*, I, 321-333.

(2) Hartung, *Religion der Römer*, I, 180.

(3) Hesiodo, *Opera*, 94 y sig. (Lehrs).

(4) *Ibid.*, 42 y sig.

(5) Platón, *Protágoras*, 11, p. 321, d.

(6) Plutarco, *De fortuna*, 3.

(7) Teofrasto, *Fragm.*, 50 (Wimmer).

(8) Luciano, 7, 1, 2; 13, 6.

(9) Esquilo, *Prometh.*, 873 y sig., 1026 y sig. Apollodor., 5, 5, 4, 6.

que la caída primitiva del género humano desapareció enteramente de la memoria de los primeros griegos, aunque no tuviesen de ella una idea muy exacta.

**7. El modo de concebir la antigüedad el mundo es una prueba de la creencia en una falta original.**— Tampoco es dudoso que cierta confesión, ó mejor dicho, una falta de moderación respecto á la creencia en la caída originaria se encuentra expresada en el principio terrible, que, según hemos visto, era el pensamiento fundamental del antiguo concepto del mundo, el principio de que la vida es un castigo. <sup>(1)</sup>

Quienes jamás agotan los elogios á la serenidad de espíritu de los antiguos conocen mal su vida, ó si la conocen, no quieren decir la verdad; ellos mismos hablan de muy diferente modo de como les hacen hablar sus actuales admiradores. Hesiodo y Ovidio se expresan de la siguiente manera: «Los funestos males andan errantes entre los hombres; llenan la tierra, llenan el mar». <sup>(2)</sup> En la edad de hierro se producen todos los crímenes; huyen el pudor, la verdad, la buena fe; en su lugar reinan la astucia, la violencia, la traición y la culpable sed de poseer. <sup>(3)</sup> Los hombres, atormentados por el trabajo y el dolor, no tienen tregua ni de día ni de noche. La vida es para ellos una mezcla de dolor y de amargura; pero están destinados á perecer, pues que sus sienas encanecen tan pronto». <sup>(4)</sup>

Tal es el verdadero concepto de la vida en la antigüedad; de esa disposición de espíritu nació esta sentencia que tan á menudo encontramos en los clásicos: La existencia es el mayor mal que puede affligir al hombre. <sup>(5)</sup> Esta afirmación no proviene tan sólo de un desagrado ó de ira momentánea contra los defectos accidentales de los que nos rodean, y, por consiguiente, de un pasajero extravío moral; es más que eso, es la expresión de una convicción

(1) *Vol. II*, 1, 5.

(2) Hesiodo, *Opera*, 101 y sig. (Lehrs).

(3) Ovid., *Metam.*, I, 128 y sig.

(4) Hesiodo, *Op.*, 177 y sig.

(5) *Vol. II*, 1, 6.

dogmática, es una condenación en principio de la vida humana y del mundo.

Sin duda alguna, ese modo de ver es un error. No es la vida pecado ó castigo; el hecho de que el hombre viva en un estado tan corrompido procede únicamente de su falta, y el hecho de que esté obligado á sufrir una vida llena de aflicciones, procede de que estas penas le han sido impuestas como castigo. Pero es fácil ver que hay una verdad en el fondo de todo esto; cuanto más aterrador y contra naturaleza es el decir que la vida es injusticia y pecado, más claramente se indica que ella no es más que una adulteración de la doctrina del pecado hereditario.

**8. La doctrina de la emigración de las almas como recuerdo del pecado hereditario.**—Hay todavía otro punto respecto del cual podemos invocar el testimonio de los griegos y de muchos otros pueblos, en el asunto de la creencia en la caída del género humano. Nos referimos á la doctrina de la emigración del alma.

Se dice que la doctrina de la emigración del alma nació en Egipto; <sup>(1)</sup> puede ser que los egipcios hayan comunicado esa extraña doctrina á los indios en cambio de los numerosos presentes que de ellos recibieron; pero también puede perfectamente suceder que sean los indios quienes se la comunicaron á ellos; en todo caso, fué considerada por los antiguos como propia ante todo de Egipto. <sup>(2)</sup> Ferécides, que fué á estudiar en Oriente, hizo pasar esta doctrina del Egipto á Grecia; <sup>(3)</sup> de él la tomó quien había de ser su apóstol propiamente dicho en Occidente, y que lo fué más tarde en Oriente por sus discípulos, Pitágoras. En éste, como en Platón, formaba una parte esencial del concepto filosófico de la vida. <sup>(4)</sup> También entre los celtas enseñaban los druidas la emigración del alma y la consideraban, según la expresión del César, como uno de los

(1) Herod., 2, 123, 2.

(2) Diógenes Laert., *Præm.*, 11. Clemente Alex., *Strom.*, 6, 4, 35.

(3) Cicerón, *Tusc.*, 1, 16. Tatian., 3. Agust., *Ep.*, 130, 3, 12.

(4) Platón, *Rep.*, 10, 13, p. 614 y sig.; Fedro, 29, p. 249.

medios más excelentes para favorecer la virtud. <sup>(1)</sup> Sin embargo, para comprender bien esta observación, es necesario considerar que á menudo los antiguos no distinguían entre la emigración del alma y la continuación de la existencia personal después de la muerte. <sup>(2)</sup> En cuanto á saber dónde adquirieron los celtas la creencia en la emigración del alma, muchos parecen haber admitido que la tenían de Pitágoras; <sup>(3)</sup> pero esto es poco verosímil, y por eso debe preferirse la narración de Diodoro diciendo que, como él, habían tenido esa manera de ver independientemente de Pitágoras. <sup>(4)</sup>

¿Cómo una doctrina tan extraña, de la que dice con razón Lactancio, que provoca la burla más bien que la refutación, <sup>(5)</sup> puede llegar á ser el patrimonio de tantos pueblos, la enseñanza favorita de tantos pensadores eminentes, una convicción á la que se adhirieron durante siglos con tenacidad incomprensible? Todavía hoy algunos que, medio en broma, medio en serio, desearían rejuvenecer la enseñanza de la metempsícosis, sea á consecuencia de cierta predilección por los antiguos caprichos, como Müller, <sup>(6)</sup> sea para buscar como Hume, Lessin, <sup>(7)</sup> Leroux y Raynaud, <sup>(8)</sup> las cosas más extrañas en las barreduras del pecado, con tal que contradigan el Cristianismo. Su preocupación única es tener extrañas teorías, y contradecir con estrépito lo que todos creen. Sin embargo, los antiguos sostenían esa opinión con verdadera seriedad, y creían haber encontrado en ella una solución al enigma de la existencia. Pero ¿cómo se les había ocurrido?

No hay duda de que más adelante se le agregaron miras panteístas; pero esto no es razón para concebir su ori-

- (1) Cesar, *Bell. Gall.*, 6, 14.
- (2) Herodoto, 2, 123, 2. Strabón, 4, 4, 4.
- (3) Timógenes, *Frag.*, (Müller, *Fragm. hist. Gr.*, III, 323). Ammian. Marcell., 15, 9.
- (4) Diodoro, 5, 28, 6.
- (5) Lactanc., 7, 12.
- (6) Julio Müller, *Lehre von der Sunde*, (6) II, 518 y sig.
- (7) Lessing, *Erziehung. des Menschengeschlechtes*, § 94 y sig.
- (8) Adam Franck, *Philosophes modernes*, (1879), 355 y sig., 371.

gen únicamente como resultado de la doctrina de la emanación panteísta. El sentido primitivo era otro.

Para explicar esa teoría singular, debemos recurrir á una doctrina no menos extraña, que en diferentes maneras se halla también en todos los pueblos citados y en muchos pensadores. Creían que antes de esta vida el alma había vivido en un estado mucho más perfecto, que habiendo pecado por presunción, perdió su semejanza con Dios, y que precisamente para expiar esa falta había sido enviada á esta vida. Así pensaban los egipcios, <sup>(1)</sup> los órficos y los pitagóricos; <sup>(2)</sup> partiendo de ese punto de vista decía Empedocles: «Revestida de una carne extraña, ¡oh alma! eres arrojada de la sublime patria de la vida, y enviada aquí para morir». <sup>(3)</sup>

Este modo de ver se halla también entre los romanos, como asegura Cicerón. <sup>(4)</sup> En el mito grandioso del carro divino en que el alma es elevada muy alto, Platón describe la presencia de ésta, su caída á la vida terrestre y la miseria en que gime ahora; <sup>(5)</sup> de suerte que hay la tentación de creer que el relato bien conocido de Faeton <sup>(6)</sup> no contiene la idea de una mutación cualquiera del mundo, sino el recuerdo dogmático ético del pecado original.

En cuanto á la enseñanza de Platón, se sabe qué influencia ejerció más tarde, no sólo en el neo-platonismo <sup>(7)</sup> y en diferentes doctores, especialmente en Basilides; <sup>(8)</sup> sino aun en buenos doctores cristianos, y ante todo en Orígenes, <sup>(9)</sup> Sinesio <sup>(10)</sup> y Nemesio. <sup>(11)</sup>

Pero el origen de todos estos errores es muy anterior á

- (1) Stobeo, *Eclog. phys.*, I, 950 (Heeren).
- (2) Clemente Alex., *Strom.*, 3, 3, 14-17.
- (3) Empedocles, v. 414, 416 (Mullach, *Fr. phil. Gr.*, I, 12).
- (4) Agustín, *Contra Julian.*, 4, 15, 78.
- (5) Platón, (*Phædrus*, c. 25 y sig., p. 246 y sig.).
- (6) Ovid., *Metam.*, I, 755 y sig., II, 47 y sig.
- (7) Plotin., 5, 1, 1.
- (8) Clemente Alex., *Strom.*, 4, 12 83.
- (9) Orígenes, *Princ.*, 1, 6, 3; cf. 2, 2, 2; 8, 3.
- (10) Sinesio, *Hymn.*, 1, 81 y sig.; 3, 548 y sig. 729 y sig.; 5, 31 y sig.
- (11) Nemesio, *Nat. hom.*, c. 2.

los tiempos del Cristianismo, y su verdadera patria fué el Oriente; todavía hoy se encuentran allí esparcidas de diferentes modos las doctrinas platónicas de la preexistencia del alma y la creencia de que todo lo que hemos aprendido es la renovación de lo que hemos sabido en esa vida de otro tiempo, y que hemos olvidado de ser desterrados aquí. <sup>(1)</sup> Entre los Birmanes toda enfermedad y toda dolencia física son consideradas como castigo de pecados cometidos en otra vida». <sup>(2)</sup> Los escritos del persa Sufis <sup>(3)</sup> y la Kabala judía, <sup>(4)</sup> tienen también diferentes principios que demuestran cuán viejas son en Oriente esas doctrinas.

Por extrañas que sean, fácil es comprender que hayan nacido tan pronto como la razón abandonó la senda de la verdad para seguir las que ella mismo se trazó. La falta de que proviene nuestra miseria es muy anterior á los tiempos históricos; pero no hace falta más que un pequeño error de la inteligencia, que aún sin eso muestra bastante celo para alejar de sí la falta tanto como le es posible, y el pecado le parece ya ser más antiguo que toda época terrestre. El pecado prehistórico se convirtió entonces en un pecado anterior al tiempo. Sin duda la falta de la humanidad entera resulta así falta personal del individuo, pero no es tan grave para cada uno, pues el hombre la cometió antes de esta vida; la cometió, es verdad, pero fué siendo intermediario otro, toda vez que en ese tiempo él no era todavía lo que es ahora. Es por consiguiente una excusa cómoda de la participación en el pecado general, y lo que nos explica la doctrina de la emigración del alma. Á consecuencia de una falta propia, dice esta doctrina, se vió obligada á dejar una vida antecedente mejor para expiar en esta vida las faltas que cometió en aquella; pero ¿qué sucede, si no expía en esta tierra, si, por el contrario,

(1) Banerjea, *Dialogues on the Hindoo philosophy*, (Londres, 1861) 96 ff.

(2) Ritter, *Erdkunde*, IV, 1, 269.

(3) Stöckl, *Gesch. der Philos. des Mittelalters*, II, 183.

(4) *Ibid.*, II, 243 y sig.

cae aun más en esta vida y añade una falta nueva á la falta de antes? Entonces debe continuar su expiación, y esto en un estado más humillante, acaso en el cuerpo de un animal, hasta que esté purificado de toda falta; por eso Platón une en todas partes esa doctrina á la del juicio después de la muerte y la de remuneración. <sup>(1)</sup>

Tenemos por consiguiente el derecho de considerar la doctrina de la metempsícosis como la confirmación más positiva de nuestra enseñanza acerca del pecado hereditario; sólo los espíritus que han sufrido la influencia del Cristianismo ven en ella un recuerdo de que todos los hombres están obligados á expiar un pecado que les afecta desde un tiempo en que no estaban todavía en esta vida; <sup>(2)</sup> tal es también la opinión de los paganos, aunque no siempre esté claramente expresada. Filolao dice que el carácter distintivo de la doctrina de los antiguos teólogos y videntes consiste en que el alma que está unida al cuerpo, en el que está encerrada como en una tumba, está así unida á él, únicamente para hacer penitencia de una falta que no está muy bien determinada. <sup>(3)</sup> Platón nos conservó una sentencia semejante de un hombre distinguido, como él dice, solo que no sabe si es de Sicilia ó de Italia. <sup>(4)</sup> Pero Empédocles describe de un modo verdaderamente conmovedor la suerte de los espíritus caídos y que, como castigo, han sido desterrados de la existencia humana: «Pobre mortal, débil gusano de tierra, arrojado como la espuma del mar y arrastrado como la hoja seca por el torbellino! Los vientos te lanzan al mar, y éste después te lanza á la playa. La tierra no quiere reciberte y te expone al sol; éste te entrega al viento; una cosa te lanza hacia la otra y desaparece pronto». <sup>(5)</sup>

(1) Platón, *Phædrus*, 28, p. 249; *Phædo*, 57, p. 107, e; 62, p. 113, d.

(2) Agustín, *Sermo*, 240, 4. Æneas Gaz., *De immort.* (Teofrasto), *Bibl. Lugdun.*, VIII, 651, f.

(3) Filolai, *Fragm.*, 23 (Mullach, *Fragm. phil. Gr.*, II, 7). Clem. Alex., *Strom.*, 3, 3, 17.

(4) Platón, *Gorgias*, 47, p. 493, a.

(5) Empédocles, *De natura*, 30-35 (Mullach, I, 2).